

Pregón de Semana Santa Las Torres de Cotillas

D. Alfonso Egidos Garcia



Sábado 05 de Abril de 2014 a las 20:30h.



Cabildo Superior de Cofradías de
Las Torres de Cotillas



Cfrda. del Cristo
Resucitado y
San Pedro



Cfrda. de Ntro.
Padre Jesús
Nazareno



Cfrda. de la
Virgen de
los Dolores



Cfrda. de
San Juan
Evangelista



Cfrda. del
Cristo
Crucificado



Cfrda. de la
Verónica y Cristo
de la Calda



Cfrda. de la
Virgen de
la Piedad



Cfrda. del
Cristo de la
Flagelación



PREGÓN

SEMANA SANTA 2014

LAS TORRES DE COTILLAS



Cabildo Superior de Cofradías de
Las Torres de Cotillas



Cfrda. del Cristo
Resucitado y
San Pedro



Cfrda. de Ntro.
Padre Jesús
Nazareno



Cfrda. de la
Virgen de
los Dolores



Cfrda. de
San Juan
Evangelista



Cfrda. del
Cristo
Crucificado



Cfrda. de la
Verónica y Cristo
de la Calda



Cfrda. de la
Virgen de
la Piedad



Cfrda. del
Cristo de la
Flagelación



ALFONSO EGIDOS GARCÍA

Iglesia Nuestra Señora de la Salceda
Sábado 5 de abril 2014 - 20'30 horas

Somos sentido y sentimientos.

La luz, nuestro astro Rey que Dios nos regala cada día en esta bendita tierra, ilumina nuestras vidas dentro y fuera. Estamos en primavera y ya nos calienta, aviva nuestros campos, colorea nuestra existencia y alumbra nuestras iglesias. Los sonidos de los pasos ya se acercan. Resuenan los tambores. Nos envuelve el azahar y el gozo de compartir una nueva Semana Santa en este bienaventurado pueblo.

Flores de alegría y duelo, luces de resplandor y sombra, silencio y voz, fe y esperanza, tradición y culto, cornetas y tambores, devoción y meditación, penitencia y goce, oración y recogimiento, historia y futuro, seres queridos, cofradías, magia, colores y aromas, júbilo y generosidad se despliegan. Es Semana Santa. Nuestra Semana Santa Torreña que, al calor de sus cofrades y habitantes, germina en una hermosa realidad, florece cada primavera.

D. Ismael Sánchez Gómez, párroco de la Iglesia de Nuestra Señora de la Salceda.

D. Diego Gil Conesa, párroco de la Iglesia de la Asunción.

D. José Sánchez Vidal, presidente del Cabildo Superior de Cofradías y componentes de su Junta Directiva.

D. Domingo Coronado Romero, alcalde-presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Las Torres de Cotillas.

Señoras y señores concejales de nuestro Ayuntamiento.

Señoras y señores presidentas y presidentes de nuestras Cofradías y Hermandades.

D. Miguel Bermúdez Soler, Nazareno del año.

Hermanas y hermanos mayores de las cofradías.

Amigas y amigos torreños todos.

Buenas noches.

Quiero expresar, en primer lugar, mi más profundo y sincero agradecimiento al Cabildo Superior de Cofradías y muy especialmente a su presidente, D. José Sánchez Vidal, por la confianza depositada en mi persona para pregonar la Semana Santa de este año 2014.

Espero poder transmitir el honor y la emoción que me embarga, sabedor de que no encontraré palabras para describir la enorme belleza interior y exterior de nuestra Semana Santa Torreña.

Cada cual es portavoz de lo que siente por dentro, sus palabras mejor o peor articuladas son el altavoz de los sentimientos, vivencias y emociones que uno lleva en el interior y que sólo Dios conoce en su verdad. A Él le pido que ensanche y dilate mi voz y mis sentidos, ponga lealtad y pureza en las intenciones de mi

espíritu y corazón, abierto siempre a la verdad, para poder pregonar con toda la fuerza de mi ser lo que siento en estas fechas y muy especialmente por la Semana Santa de este pueblo.

Un año esperanzador y unos días radiantes. Una nueva Semana Grande se presenta ante nosotros, vecinos y vecinas de Las Torres, en los que la presencia de Nuestro Señor se hace aún más realidad, volviendo sus ojos misericordiosos hacia nosotros, con la misma ternura y consideración con la que miró a San Pedro tras las negaciones, dejando una huella imborrable en lo más íntimo de su corazón. Todos: cofrades, anderos y nazarenos; hombres y mujeres; jóvenes y adultos. Todos estamos invitados a comprender el alcance de lo que significó y representa hoy para todos nosotros su pasión, muerte y resurrección.

Estamos ante un canto a la vida. El se sacrificó por nosotros para mostrarnos el camino hacia una vida plena, en permanente comunión con Dios, nuestros seres queridos y la naturaleza. Estamos ante la culminación de la vida, que germina en el día a día, pero sobre todo en nuestra primavera.

Cuando nos despierta el olor de la flor del limonero y nuestra huerta luce verde, Las Torres se prepara y se levanta para vivir sus más hermosos sueños. Nuestra Semana Santa deja la huella de la religiosidad y hospitalidad de la que siempre hemos hecho gala en este pueblo. Jesús nos enseña en el Evangelio que nunca hemos de perder la alegría que nos aporta la fe y nuestro propio carácter. En Las Torres ni la penitencia puede ser triste porque cada pueblo vive los acontecimientos de la historia con su propia personalidad. Recibir la Semana Santa es motivo de alborozo en Las Torres, un rincón del mundo donde, desde hace muchos años, esta celebración religiosa se siente con fervor creciente y encuentra en los días de liturgia pasional una de sus señas de identidad más arraigadas.

En nuestra tierra lucen juntas, como en ningún sitio, Procesiones y Primavera, renacer de la vida y resurrección de la carne y no olvidemos nunca que, como dice el dicho, “cuando la vida te presente razones para llorar, demuéstrale que tienes mil y una razones para agradecer”.

Nuestro pueblo respira y late ya con su Semana Santa. De los balcones cuelgan orgullosos los pendones con los escudos de las cofradías, formando un cuadro que representa nuestra devoción. Las cornetas y tambores ya brillan, frotados por las manos de sus músicos, recuperada su voz con los toques de los ensayos durante las últimas noches del invierno, anunciando la primavera y hermanándonos, con sus sonos, a estas fechas. Las capas, capirotos y túnicas ya están listos. Las velas casi encendidas. Y nuestros pasos. Nuestras imágenes. Nuestras más bellas esculturas han tomado vida.

Personas de todas las edades buscan ya el mejor sitio para ver pasar a Cristo por sus calles, desde la procesión de mi amada Virgen de los Dolores, a cuya cofradía pertenezco desde hace casi 40 años, al glorioso Domingo de Resurrección. Un pequeño hueco en el que vislumbrar las hermosas y expresivas tallas, reflejadas en los ojos de sus devotos con la luz inigualable de nuestra Semana Santa, mientras sus labios oran y por sus oídos entran los acordes de la marcha procesional.

Una transformación plena que se hace visible especialmente en la fe que muestran todos y cada uno de los cofrades. Bien sea como anderos, acompañando su respiración a las esculturas que llevan al hombro y a los sonos de las bandas; bien con la elegancia femenina de la sacrificada mantilla; o bien del que reza desde el anonimato del nazareno, los cofrades son el espejo del espíritu que impregna toda nuestra Semana Santa, de las razones que nos llevan a celebrar, cada año, este canto a la vida.

Y si la lluvia nos deja sin procesión, brotan las lágrimas de anderos y nazarenos. ¡Qué paradoja! Tristes por recibir el agua, ese llanto del cielo, en estas secas tierras cuando tantas veces hemos pedido y rezado para que lloviera sobre nuestros campos, donde crece nuestro pan, nuestro alimento.

Pero no es cuestión de citar más la palabra de la que no queremos saber nada durante la Semana Santa, pues si hemos de elegir una nos quedamos con Pasión. La Semana Santa en Las Torres es pasión en todos los sentidos, una pasión que, a lo largo de todo el año, mantiene encendida la llama de la Semana Santa.

Ocho cofradías:

Nuestro Padre Jesús Nazareno; Virgen de los Dolores; San Juan Evangelista; Cristo Crucificado; Verónica y Cristo de la Caída; Cristo Resucitado y San Pedro; Virgen de la Piedad y Cristo de la Flagelación.

Ocho ponen eso: pasión, ilusión e inquietud para que, con un sano afán de superación, su esfuerzo e implicación germine en unas fervorosas procesiones, muestra del sentir popular y religioso más hondo. Y todo ello sin renunciar a perfeccionarla porque cada año es distinto y, sin duda, mejor. El cofrade no deja de pensar, en cada instante, cómo puede mejorar esta celebración. No decaen en su entusiasmo por avanzar en la calidad de nuestra Semana Santa, aderezando sus desfiles de ese espíritu de superación permanente para satisfacer las expectativas tanto de los propios cofrades como de los que disfrutan como espectadores, ya que el resultado es inigualable y brillante. Así pues, justo es reconocerles su dedicación, sacrificio y compromiso y máxime si, como diría

Séneca, ellos piensan que “la mayor recompensa de una buena acción está en haberla hecho”.

Aunque es bien verdad que esa hermosa palabra que es pasión, que nos evoca el sacrificio de Nuestro Señor para ensalzar la vida, rodea toda nuestra Semana Santa, no es menos cierto que vivimos tiempos de adversidad. Tiempos difíciles, donde hablar de esperanza se pone cuesta arriba. La crisis económica aboca a personas y familias a situaciones de dificultad que todos tenemos presentes a nuestro alrededor, con millones de personas sufriendo el paro y con miles de jóvenes sin salida, empujados todos, además, a romper los mimbres de nuestra sociedad con mayor rivalidad y competencia. No es cierto que estemos condenados a tomar atajos, a justificar el fin sobre los medios, para la supervivencia.

Afortunadamente, cada día nos encontramos a muchas personas que viven y luchan porque tienen esperanza en conseguir un mundo más justo, humanitario y solidario, donde prime el diálogo y el respeto hacia los demás, acentuando los valores de la familia, el compromiso y compartir. “A su imagen y semejanza”, que nos dice Dios desde el Génesis, entre todos hemos de procurar erigir una sociedad más justa, donde el compartir acabe con el egoísmo. Empezando por compartir esfuerzos y sumar voluntades. Si así nos lo proponemos tendremos la seguridad de que podemos y vamos a conseguirlo. Toda crisis es una oportunidad de cambiar, de cambiar para bien.

Dos son los motores que nos van a ayudar a ser mejores y a superar las dificultades: la familia y la juventud.

En la larga noche que aún estamos atravesando, la luz de la familia no sólo ha recuperado su esplendor sino que brilla con más fuerza. En medio de la total oscuridad, siempre hay un resquicio por donde entra esa luz que nos ilumina y ayuda. El papel de la familia se ha convertido en primordial para superar la grave crisis económica, confirmando que es la piedra angular de nuestra sociedad, tal y como sabemos muy bien todos los que nos encontramos hoy aquí.

Los lazos entre los diferentes miembros se han unido más que nunca para garantizar nuestras necesidades básicas, complementándolo con la solidaridad de los vecinos o de nuestra Iglesia, la familia es el revulsivo para seguir adelante.

Pero está escrito que Jesús nos dijo que “no sólo de pan vive el hombre”. La familia no sólo nos permite sobrevivir físicamente sino también espiritualmente, es nuestra mayor fuente de valores, la esencia de nuestra sociedad. Un manantial de sentimientos que constituye el eje de nuestro existir.

Como no son menos importantes otros valores familiares, como es el caso de la obediencia, la fidelidad y el respeto.

Como nos señaló San Agustín, siempre fiel a nuestras creencias: “Obedeced más a los que enseñan que a los que mandan.

Además, la familia es la cantera de la responsabilidad, que necesitamos abonar al máximo, sobre todo entre los más jóvenes, que sí han desarrollado otro de sus valores, como es el de la comunicación.

La comunicación, el diálogo, la palabra es la que nos hace humanos. Y con ese espíritu constructivo quiero referirme al papel de la juventud, a una generación de jóvenes que irrumpen con fuerza en nuestra sociedad. Siempre han estado presentes en nuestras cofradías, pero desde hace unos años los jóvenes se han incorporado decidida y continuamente a nuestra Semana Santa, participando en las procesiones y, lo que es más importante, asumiendo responsabilidades, actuando como motor y parte activa de las mismas y, en muchos casos, garantizando el relevo generacional dentro de los órganos de Gobierno de las mismas, con una normalidad digna de elogio. Protagonizan cada vez más el presente y nos aseguran el futuro.

Igual que participan activamente en las entrañables representaciones del Auto Sacramental del Prendimiento de Jesús que, durante muchos años, ha estado ligada a nuestra Semana Santa. Interpretado por los componentes del Grupo Tejuba, recuerdo la expectación que suscitaba la puesta en escena de esta obra de tema pasionario, magníficamente interpretada por más de 40 actores y actrices aficionados o, incluso, primerizos en las tablas. La mano experta de nuestro recordado D. Juan Baño, director por aquellas fechas, obraba el milagro de armonizar a jóvenes y veteranos para hacer realidad nuestro Auto. Con esfuerzo, afición, ganas y buenas dosis de paciencia para lograr el reconocimiento y el éxito año tras año, con actuaciones memorables en nuestro pueblo y otros lugares de la Región que tuvieron la suerte de contemplar la obra.

Yo mismo tuve el honor de participar, en el papel de Caifas, en el año 1972. Guardo un grato recuerdo, lleno de nostalgia y cariño, pero no por estar a la altura del papel asignado, pues la destreza en la interpretación no es una de mis virtudes, aparte de que el personaje se las trajera; sino por el ambiente de cordialidad, convivencia, respeto y compromiso que nos movía a todos. Fueron sensaciones inolvidables, que perduran en mi memoria.

En la actualidad, se representan escenas-actos de nuestro Prendimiento, bajo la dirección de D. Joaquín Cantero, persona enamorada del teatro, la cultura y

nuestras raíces como pocos, que, en su momento, tomó el relevo al frente de este Grupo y que ha sido capaz de mantener viva esta hermosa tradición.

Y desde la tradición suena también la campana de los auroros, que ha estado ausente durante décadas. Afortunadamente, hace unos años la recuperamos gracias a un grupo de torreños amantes de la cultura y nuestras costumbres. Es un placer escucharles cantar la pasión en nuestras procesiones, recuperando el rico hacer de los auroros y posibilitando que podamos disfrutar de nuevo de esta añeja tradición.

Ocho cofradías, siete procesiones en nuestra calle, y una hermosa realidad. Nuestra Semana Santa.

Viernes de Dolores

La Plaza de la Iglesia a rebosar. Empieza a tomar forma la procesión. Vela en mano, los fieles aguardan, con la mirada fija en el umbral de la puerta, a que haga su aparición la Virgen de los Dolores. “La Dolorosa” asoma flotando sobre los hombros de sus anderos, como un regalo de luz, con ese rictus de amargura y dolor de la madre que, como tantas madres, vive en soledad el sufrimiento por su hijo. Sabe que algo va a acontecer y, sola, llora en silencio, en un profundo mutismo de aceptación. Intuye que se acerca la hora amarga en que un nuevo puñal atravesará su corazón.

La procesión ya está en la calle. A cada lado dos filas interminables de penitentes acompañan a la madre de Jesús, algunos cumpliendo una promesa y todos rezando. En las aceras se agolpan los vecinos, esperando pacientemente el paso de Nuestra Madre...una oración, una súplica, fe y devoción dentro y fuera del cortejo procesional.

Domingo de Ramos

Mañana de luz y vida en la “Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén”. Entra Jesús montado en su humilde borrico y lo recibimos con palmas y ramos de olivo para que todos sepan que el que va a morir no es un hombre sin futuro, no es un hombre sin esperanza sino que disfruta de toda la gloria de Dios sobre los hombros de su naturaleza humana. Las calles se visten de hebreos y de niños con palmas en las manos, iluminando y coloreando la esplendorosa jornada. Los anderos muestran su hombro y, así cuando el cabo de andas da la señal, se eleve el paso hacia el cielo en un ejemplo único de oración.

¡Gran día en Jerusalén!...

¡Hasta parece que el cielo

los rayos del sol envía

más radiantes y más bellos!

¡Manifiesta la ciudad

entera tan gran contento,
que si el mismo César viera
el gozo que muestra el pueblo,
es seguro que envidiará
a ese Divino Maestro!
(Texto del Prendimiento)

Martes santo

“Nuestra Señora de la Esperanza Macarena y Jesús Cautivo” nos traen el rigor, el orden y la solemnidad el martes santo. La Virgen, majestuosa en su trono, bajo palio sobre los hombros de sus anderos, camina lenta y pausada al encuentro de su Hijo.

Por delante, Jesús, arropado por sus cofrades, sabedor de que está cercana la hora de su pasión y sacrificio. Decretada está su suerte, que anunció la profecía. En su mirada expresiva y dolorida comienza a vislumbrarse la sombra de la muerte.

Tras recorrer nuestras calles, ambos, Madre e Hijo, se unen en un abrazo inmortal, como lo es el amor de la Virgen a Cristo en un testimonio de entrega que llena de emoción y sentido a todos los que contemplan y viven el intenso momento.

Miércoles santo

Reina el silencio. La noche se tiñe oscura. Todo es quietud y sosiego. Es luz en la oscuridad, afonía en el grito, al paso de la procesión, que transcurre lenta y majestuosa. Las velas y faroles de los penitentes y nazarenos se reflejan en la figura de Cristo, solo en su frío y duro madero, mientras los tambores abren el paso al cortejo, rasgando el silencio. Al fondo, sobre un mar de claveles rojos, la imagen de Cristo crucificado, arropado por la fe, devoción, penitencia, oración, súplicas y lágrimas de todos los que le contemplan. Triste viene la noche, alterados los sentimientos por el dolor penitente, que ya toma la Calle Campo, cruz y ocaso.

Viernes santo

La primavera apenas si puede ocultar el secreto de la buena nueva. La mañana del Viernes Santo en Las Torres es un gran jardín de flores en sana competencia. Rosas, alhelíes, orquídeas, nardos y claveles bajo el cielo azul y el fresco aire, preludio del potente y magnífico sol que nos anuncia el dolor y el sufrimiento sobre el triunfo jubiloso de la Redención.

En un ir y venir de gentes, van llegando nazarenos, mayordomos, anderos y vecinos que buscan el mejor lugar para ver y disfrutar de la procesión. Ocho cofradías, las ocho, escenifican la procesión del Calvario, mostrando sobre la calle lo mejor de cada una de ellas y refrendando que, en nuestro pueblo, la mañana del viernes es distinta, hermosa, espejo de nuestra forma de ser y sentir.

Por la noche, el viernes santo se tiñe de negro luto e inmenso dolor en la procesión del Santo Entierro. En torno al misterio, el silencio, la oración y la devoción, las cofradías portan sus imágenes para inundar de emociones el corazón de los torreños que, de uno u otro modo, se sienten atraídos por la grandiosidad de esta noche.

Cuando se encuentran con el cielo abierto, cada uno de los pasos es recibido con el silencio de la multitud de vecinos que comparten un desconsuelo que también impregna las solemnes, profundas y sentidas marchas procesionales. Su discurrir agita el interior de los curiosos, conmueve a los impasibles, aviva la pasión de los más devotos y, sobre todo, despierta admiración unánime. Las diferencias se tornan en una unanimidad interior, la inquietud espiritual que se enciende en estas fechas.

Sea cual sea la perspectiva desde la que se contemple, acompañar al Cristo yacente en su Santo Entierro nos aparta de lo insustancial y anecdótico. Se trata de un acto que se aleja de lo superficial y nos ayuda con sincero fervor a recuperar, cada Semana Santa, lo que nos une.

Los nazarenos abren camino a las escenas de dolor, muerte y sufrimiento que vendrá después. Una pasión que nos contagia, eleva, reúne y ensalza para vivir la noche nazarena por excelencia. Ya recorre nuestras calles, repletas de intensidad, religiosidad y plena convivencia.

“Somos la suma de todos los que nos precedieron, de todo lo que fue antes que nosotros, de todo lo que hemos visto. Somos toda persona o cosa cuya existencia nos ha influido y a la que hemos influido. Somos todo lo que ocurre cuando ya no existimos, y todo lo que no habría sido si no hubiéramos existido”, según expresa el dicho anónimo.

Domingo de Resurrección

El día despierta pleno de luz y alegría. Nunca como hoy el amanecer es más bello. El sol sale y se oculta con sus rayos desprendiendo vida. Hoy resucita Cristo y así se celebra en el color de las túnicas y las capas, en unas flores que avivan cada una de las imágenes de los tronos y el rostro de todas las personas. El “Encuentro y procesión del Resucitado” desfila pleno de ilusión, dejando atrás la Pasión para disfrutar de la vida. Todo orientado a la esperanza.

La plaza de la Iglesia parece desbordarse. Torreños y vecinos de las localidades cercanas se arremolinan para disfrutar, un año más, del emocionante encuentro entre Cristo Resucitado, su madre, la Virgen de la Victoria, y el apóstol San Juan.

No se puede explicar con palabras lo que siente el andero cuando llega el momento, cuando los tronos se elevan al cielo y flotan sobre las yemas de sus dedos. Una atmósfera de misterio, fe, devoción y alegría y un algo especial nos envuelve, una sensación inigualable, una imagen que vale más que mil palabras, imposibles de encontrar en el diccionario.

Una imagen, el sonido de las piezas alegres y pasodobles de las bandas de música y el sabor de la lluvia incesante de caramelos y de pétalos de rosas. Una fiesta de los sentidos sobre el hombro ya castigado de los anderos y sobre todo el pueblo.

Voy hacia tí Padre eterno
Tú sabes lo que he sufrido.
Ya los libre del infierno.
Y a todos he redimido.
Tanta pena y amargura,
que las sufrí con amor.
Hoy gozo de la ventura,
De mi gran resurrección.
(Texto del Prendimiento)

Muchas gracias por compartir este momento, con un emocionado pregonero. Nacemos para compartir el amor a los demás, base de nuestra Semana Santa y de toda nuestra existencia. Somos amor compartido. “No nací para compartir el odio, sino el amor”, que decían los primeros filósofos. Y este momento, sin duda lo es, como espero que también lo sea para vosotros porque es una llamada a encontrarnos con nosotros mismos para compartir mejor los instantes de dolor y de alegría que nos depara la vida.

Mantengamos la fe que nos legaron nuestros mayores porque es necesario que los niños de hoy, que serán los hombres y mujeres del mañana, tengan esta fuente gozosa en la que beber.

Nazarenas, nazarenos, desempolvar vuestras túnicas, capas y capirotos, que reluzcan vuestros faroles y báculos.

Mayordomos, preparad vuestros tronos, que guiones y estandartes se eleven al cielo.

Anderas, anderos, que los tronos floten sobre vuestros hombros, mostrando a cuantos nos visitan la belleza, el realce y el esplendor de nuestros desfiles.

Abrid vuestros corazones de par en par, vestíos con el color de vuestras cofradías, pero hacerlo con fe y si una lágrima asoma al contemplar las imágenes, dejadla correr, que de oro son los sentimientos y de perlas son los llantos.

En definitiva, mostrad las señas de identidad y la hermosa realidad de nuestra Semana Santa Torreña.

Muchas gracias a todos.

